

055. Santa Juana de Arco

En el desfile de Santos que pasan por nuestro programa nos toca hoy ver y admirar a una Santa singular: Juana de Arco, joven de diecinueve años, Jefe del Ejército que salva a Francia en 1431.

Juana es una chica normal. Trabaja en el campo y en las faenas de la familia. No tiene más que trece años, y mientras está jugando con sus hermanos y amigas, oye una voz misteriosa:

- *Juana, vete a tu casa. Tu madre te llama. Vas a realizar obras maravillosas. El Rey de los cielos te ha elegido para salvar a Francia.*

A la vez, se le aparecen el Arcángel San Miguel y dos Santas que van a ser sus modelos y sus protectoras, Santa Catalina y Santa Margarita, cuyas “Voces” misteriosas va a oír en muchas ocasiones.

Juana, con inocencia de adolescente, lo cuenta todo a sus padres, hermanos y vecinos, que la toman por una ilusa. Pero Juana es incapaz de mentir.

Es piadosa, buena con todos, inocente, sin más ilusión que coger las flores más bonitas del campo para ponerlas delante del altar de la Virgen. Muy serena en todo su proceder, no es posible que se engañe. Por más que muchos se ríen de ella. Sobre todo su mismo padre, que dice furioso a los otros hijos:

- *Si es verdad eso de las “Voces” que oye, quisiera que la ahogasen; y si no lo hicierais vosotros, sería yo mismo quien la tiraría al río.*

Juana calla y llora, mientras que las tropas francesas van de derrota en derrota. Al fin, se preguntan todos:

- *¿Y si fuera verdad? ¿Y si Juana es la llamada por Dios para salvar la Patria? ¿Pero si no tiene más que diecisiete años!... ¡Que se vaya, y Dios la acompañe!*

Al presentarse ante el Jefe del ejército, sufre la mayor desilusión:

- *¿Tú?... Tú no vales más que para ser el juguete de los soldados.*

Pero Juana pide ser llevada ante el Rey. Todos los magnates y la corte entera se ríen. Uno se disfraza de rey, y el Rey se esconde para ver qué pasa. Juana, que nunca ha visto al Rey, no hace caso del disfrazado, y se dirige directamente al monarca, al que le habla en nombre de Dios.

Todos se rinden, y le confían el mando de las tropas. Confecciona un estandarte sin más símbolos que la flor de lis y los nombres de *Jesús* y *María*. Pide una espada, con la cual no matará ni herirá a nadie, sino que le servirá únicamente para dar órdenes.

En el ejército se impone esta jovencita singular, que monta con garbo su caballo. Prohíbe toda blasfemia y ordena que marchen todas las mujerzuelas que los soldados llevan para su diversión y para el vicio.

La primera batalla va a ser ante las puertas de la ciudad de Orleans. Acompañada de generales y magnates, invita a los ingleses a que se rindan. Como éstos se niegan y hasta se mofan de semejante ocurrencia de una mujer, Juana da la orden de atacar.

Los ingleses no pueden con el empuje arrollador de los franceses, y después de una resistencia inútil se retiran vencidos y humillados.

La *Doncella de Orleans*, como le llaman ahora todos, va de victoria en victoria. El Rey la abraza y la distingue. Juana cree que ha acabado su misión, y resuelve volver a los campos de su aldea. Pero, cede ante los ruegos de la corte y de su ejército, y decide proseguir la guerra hasta el final.

Aunque ahora se le echa encima lo peor. Cuando ya tiene sitiado a París y a punto de conquistarlo, el Rey da la orden de levantar el sitio. ¿Qué ha sucedido? Han empezado las envidias. Los cortesanos del Rey no aguantan la vida pura de esta joven singular.

La amante del Rey, sobre todo, no tolera la denuncia secreta que ejerce Juana con su conducta inmaculada. El rey, abúlico, cede a las presiones de los suyos, y abandona a la que ha salvado el reino.

Los nobles franceses, aliados a los ingleses y traidores a su Patria, dejan que Juana caiga con una emboscada en manos del enemigo. Los ingleses celebran con fiestas pomposas la captura de la muchacha, que es entregada a jueces eclesiásticos traidores, asistidos por cuarenta y dos asesores, que la condenan con unanimidad a morir quemada viva por hereje y hechicera.

Atada al palo, Juana, más heroica que nunca, no se queja, lo ofrece todo a Dios, perdona, y cuando ya suben las llamas, pide que le presenten el Crucifijo, porque quiere morir contemplando la imagen del Redentor en la Cruz.

Entre la multitud, hay quienes se ríen, pero la mayoría se lamenta.

Algunos de los jueces, con tardío arrepentimiento, se echan a llorar. Y Juana muere gritando con la poca voz que le queda:

- *¡Jesús! ¡Jesús!...*

Los ingleses no las tienen todas consigo, y algunos comentan bien preocupados:

- *¡Hemos matado a una santa! ¡Estamos perdidos!...*

En todo esto, no hay nada de fantasía. Todo está documentado por las actas del juicio, y por el proceso que se hizo veinticinco años después para rehabilitar la memoria de Juana y anular el infame proceso que la condenó.

Juana de Arco. Diecinueve años nada más. Un grande amor a la Patria, por la que realiza los mayores heroísmos, y un amor inmenso a Jesús, con cuyo nombre en los labios acaba su vida preciosa...